



VIII

HASTA muy tarde no sopló el *Cisne* la pal-
matoria de latón donde la económica
tía Gaspara le colocaba, siempre á re-
gañadientes, una vela de sebo. Sentado á la exi-
gua mesa, entre los revueltos libros, tenía de-
lante un pliego de papel, medio cubierto ya de
renglones desiguales, jaspeado de borrones y ta-
chaduras, con montículos de arenilla y algún ga-
rrapato á trechos. Segundo no pegaría los ojos en
toda la noche si no escribiese la poesía que des-
de el crucero le correteaba por la cabeza ade-
lante. Sólo que, antes de coger la pluma, pare-
cíale llevar la inspiración allí, perfecta y cabal,
de suerte que con dar vuelta á la espita, brotaría
á chorros: y así que oprimieron sus dedos la plu-
ma dichosa, los versos, en vez de salir con ím-
petu, se escondían, se evaporaban. Algunas es-

trofas caían sobre el papel redondas, fáciles, remataditas por consonantes armoniosos y oportunos, con cierta sonoridad y dulzura muy deleitable para el mismo autor, que temeroso de perderlas, escribías al vuelo, en letra desigual; mas de otras se le ocurrían únicamente los dos primeros renglones y acaso el final, rotundo, de gran efecto, y faltaba la rima tercera, era indispensable cazarla, llenar aquel hueco, ingerir el ripio. Deteníase el poeta, mirando al techo y buscando con los dientes un cabo del bigote para morderlo, y entonces la ociosa pluma trazaba, obedeciendo á automáticos impulsos de la mano, un sombrero tricornio, un cometa, ó cualquier mamarracho por el estilo... Borradas á veces siete ú ocho rimas, se resignaba al fin con la novena, ni mejor ni peor que las anteriores. Acontecía también que una sílaba importuna estropeaba un verso, y échese usted á buscar otro adverbio, otro adjetivo, porque si no... ¿Y los acentos? Si el poeta gozase del privilegio de decir, v. gr., *mi corazón* en vez de *mi corazón*, ¡sería tan cómodo rimar!

¡Malditas dificultades técnicas! El estro alentaba y ardía, á modo de fuego sagrado, en la mente de Segundo; pero en tratándose de que apareciese allí, patente, sobre las hojas de papel... Que apareciese expresando cuanto sentía

el poeta, condensando un mundo de sueños, una nebulosa psíquica... ¡Ahí es nada! Obtener la difícil conjunción de la forma y la idea, prender el sentimiento con los eslabones de oro del ritmo! ¡Ah, qué cadena tan leve y florida en apariencia y tan dura de forjar en realidad! ¡Cómo engaña la ingenua soltura, la fácil armonía del maestro! ¡Qué hacadero parece decir cosas sencillas, íntimas, narrar quimeras de la fantasía y del corazón en metro suelto y desceñido, y cuán imposible es, sin embargo, para quien no se llama Becquer, prestar al verso esas alitas palpitantes, diáfanas y azules con que vuela la mariposa becqueriana!

Mientras el *Cisne* borra y enmienda, Leocadia se desnuda en su alcoba. Solía entrar en ella otras noches con la sonrisa en los labios, el rostro encendido, los ojos húmedos, entornados, las ojeras hundidas, el pelo revuelto... Y esas noches tardaba en acostarse, se entretenía en arreglar objetos sobre la cómoda, y hasta se miraba al espejo de su vulgar tocador. Hoy tenía los labios secos, las mejillas pálidas; acercóse á la cama, se desabrochó, dejó caer la ropa, apagó el quinqué y sepultó la cara en la frescura de las gruesas sábanas de lienzo. No quería pensar; quería olvidar y dormir solamente. Trató de estarse quieta. Mil agujas le punzaban el cuerpo:

dió una vuelta buscando el sitio frío, luego otra, luego echó abajo las sábanas... Sentía inquietud horrible, gran amargor en la boca. En medio del silencio nocturno, oía los latidos desordenados del corazón; si se recostaba del lado izquierdo, el ruido la ensordecía casi. Intentó fijar el pensamiento en cosas indiferentes, y se repitió á sí misma mil veces, con monótona regularidad é insistencia:—Mañana es domingo... las niñas no vendrán.—Ni por esas se contuvo el bullir del cerebro y el ardor malsano de la sangre... ¡Leocadia tenía celos!

¡Dolor sin medida y sin nombre que exprese su crueldad! Hasta entonces la pobre maestra había ignorado el contrapeso del amor, los negros celos, con su agujón que se clava en el alma, su abrasadora sed que quema las fauces, su frío polar que hiela el corazón, su congoja impaciente que crispa los nervios... Segundo apenas se fijaba en las muchachas de Vilamorta; en cuanto á las paisanas, no existían para él, ni por mujeres las tenía; de suerte que las horas de frialdad del *Cisne* achacábalas Leocadia á malos oficios de la musa... ¡Pero ahora! Recordaba la poesía *A los ojos azules* y el modo de recitarla. ¡Veneno eran aquellas estrofas de miel: sí, veneno y acíbar! Leocadia sintió acudir llanto á sus lagrimales y las lágrimas saltaron entre

sollozos convulsivos, que sacudían el cuerpo y hacían crujir las maderas de la cama y susurrar la hoja de maíz del jergón. Ni por esas suspendió su actividad el caviloso cerebro. Indudablemente Segundo estaba enamorado de la señora de Comba; pero ella era una mujer casada... ¡Bah! En Madrid y en las novelas todas las señoras tienen amantes... Y además ¿quién resistiría á Segundo, á un poeta émulo de Becquer, joven, guapo, apasionado cuando se le antojaba serlo?

¿Qué podía Leocadia contra esta gran catástrofe? ¿No valía más resignarse? ¡Ah! resignarse. ¡Pronto se dice! No, no: luchar y vencer por cualquier medio. ¿Por qué le negaba Dios la facultad de expresar sus sentimientos? ¿Por qué no se había puesto de rodillas delante de Segundo pidiéndole un poco de amor, pintándole y comunicándole la llama que la consumía á ella el tuétano de los huesos? ¿Por qué quedarse muda cuando tantas cosas podía decir? Segundo no iría á las Vides. Mejor. Carecía de dinero. Magnífico. No conseguiría destino alguno, ni se movería de Vilamorta. Mejor, mejor, mejor... ¿Y qué? si al fin Segundo no la amaba; si se desviaba de ella con un ademán que Leocadia estaba viendo todavía á oscuras, ó mejor dicho, á la extraña luz de la pasión celosa?

¡Qué calor, qué desasosiego! Leocadia se arrojó de la cama, dejándose caer al suelo, donde le parecía encontrar una frescura consoladora. En vez de alivio notó un temblor, y en la garganta un obstáculo, á modo de pera de ahogo atravesada allí, que no le permitía respirar. Quiso alzarse y no pudo: la convulsión empezaba y Leocadia contenía los gritos, los sollozos, las cabezadas, por no despertar á Flores. Algún tiempo lo consiguió, mas al fin venció la crisis nerviosa, retorciendo sin piedad los rígidos miembros, obligando á las uñas á desgarrar la garganta, al cuerpo á revolcarse, y á las sienes á batirse contra el piso... Vino después, precedido de fríos sudores, un instante en que Leocadia perdió el conocimiento. Al recobrarlo se halló tranquila, aunque molidísima. Levantóse, subió á la cama de nuevo, se arrojó, y quedó anonadada, sin cerebro, sumida en reparador marasmo. El grato sueño del amanecer la envolvió completamente.

Despertóse bastante tarde, no saciada de descanso, rendida y como atontada. Apenas acertaba á vestirse; parecíale que desde la noche anterior había transcurrido un año por lo menos; y en cuanto á su celosa cólera, á sus proyectos de lucha... Pero ¿cómo pudo ella pensar en cosas semejantes? Que Segundo fuese feliz,

eso tan sólo importaba y convenía; que realizase sus altos destinos, su gloria... Lo demás era un delirio, una convulsión, una crisis pasajera, sufrida en horas que el alma amante no quiere solitarias.

Abrió la maestra la cómoda donde guardaba sus ahorros y el dinero para el gasto. No lejos de un montón de medias palpó un bolsillo, ya muy lacio y escueto. En él se contenían poco ha unos miles de reales, todo su peculio en metálico. Quedaban sobre treinta duros descaballados, y para eso debía un corte de merino negro á Cansín, licores al confitero y encargos á unas amigas de Orense. Y hasta Noviembre no vencían sus rentitas. ¡Brillante situación!

Tras un minuto de angustia, causada por la pugna entre sus principios económicos y su resolución, Leocadia se lavó, se alisó el pelo, se echó el vestido y el manto de seda, y salió. Por ser día de misa recorría mucha gente la calle, y el rajado esquilón de la capilla repicaba sin cesar. En la plaza, animación y bullicio. A la puerta de la botica de doña Eufrasia, tres ó cuatro cabalgaduras clericales sufrían mal las impertinencias de las moscas y tábanos, volviendo á cada paso la cabeza con desapacible estrépito de ferraje, y mosqueándose los ijares con la hirsuta cola. Tampoco las fruterías, entre

regateos y risas, descuidaban espantar los porfiados insectos, posados en el lugar donde la grieteada piel de las claudias y tomates descubría la melosa pulpa ó la carne roja. Mas el verdadero cónclave mosquil era la dulcería de Ramón. Daba fatiga y náusea ver á aquellos bichos zumbar, tropezarse en la cálida atmósfera, prenderse las patas en el caramelo de las yemas, hacer después esfuerzos penosos para libertarse del dulce cautiverio. Sobre una tarta de bizcocho, merengue y crema, que honraba el centro del escaparate, se arremolinaba un enjambre de moscas: ya no se tomaba Ramón el trabajo de defenderla, y el ejército invasor la saqueaba á todo su talante: á orillas de la fuente yacían las moscas muertas en la demanda: unas desecadas y encogidas, otras muy esparradas, sacando un abdomen blanquecino y cadavérico...

Leocadia pasó á la trastienda. Estaba Ramón en mangas de camisa, arremangado, luciendo su valiente musculatura y meneando un cazo para enfriar la pasta de azucarillo que contenía; después la fué cortando con un cuchillo candente, y el azúcar chilló al tostarse, despidiendo olor confortativo. El dulcero se pasó el dorso de la mano por la frente sudorosa.

—¿Qué quería, Leocadia? ¿Anisete de Bri-

zar, eh? Pues se acabó. Tú, Rosa, ¿verdad que se acabó el anisete?

Vió Leocadia, en el rincón de la trastienda-cocina, á la mujer del dulcero, dando papilla á un mamón endeble. La confitera clavó en la maestra su mirada sombría de mujer histérica y celosa, y exclamó con dureza:

—Si viene por más anisete, acuértese de las tres botellas que tiene sin pagar.

—Ahora mismo las pago, respondió la maestra, sacando del bolsillo un puñado de duros.

—No, mujer, calle por Dios... ¿qué prisa corre? murmuró avergonzado el dulcero.

—Cobre, Ramón, ande ya... Si justamente vengo á eso, hombre.

—Si se empeña... Maldito el apuro que tenía.

Marchóse Leocadia corriendo. ¡No acordarse de la confitera! ¿Quién le pedía nada á Ramón delante de aquella tigre celosa, que chiquita y débil como era, acostumbraba solfear al hercúleo marido? A ver si Cansín...

El pañero vendía, rodeado de paisanas, una de las cuales se empeñaba en que una lanilla era algodón, y la restregaba para probarlo. Cansín, por su parte, la frotaba con fines diametralmente opuestos.

—Mujer, qué ha de ser algodón, qué ha de ser algodón, repetía con su agría vocecilla, acer-

cando, pegando la tela á la cara de la compradora. Parecía tan amostazado Cansín, que Leocadia no se atrevió á llamarle. Pasó de largo y aceleró el andar. Pensaba en su otro pretendiente, el tabernero... Mas de pronto recordó con repugnancia sus gruesos labios, sus carrillos que chorreaban sangre... Y dando vueltas á cuantos expedientes podían sacarla del conflicto, le ocurrió una idea. La rechazó, la pesó, la admitió... A paso de carga se dirigió al domicilio del abogado García.

Al primer aldabonazo abrió la tía Gaspara. ¡Qué significativo fruncimiento de cejas y labios! ¡Qué repliegue general de arrugas! Leocadia, cortada y muerta de vergüenza, se mantenía en el umbral. La vieja, parecida á un vigilante perro, interceptaba la puerta, próxima á ladrar ó morder al menor peligro.

—¿Qué quería? gruñó.

—Hablar con D. Justo. ¿Se puede? interrogó humildemente la maestra.

—No sé... veremos...

Y el vestiglo, sin más ceremonias, dió á Leocadia con la puerta en las narices. Leocadia aguardó. Al cabo de diez minutos un bronco acento le decía:

—Venga.

El corazón de la maestra bailó como si tuvie-

se azogue. ¡Atravesar la casa en que había nacido Segundo! Era lóbrega y destartada, fría y desnuda, según son las moradas de los avarientos, donde los muebles no se renuevan jamás y se apuran hasta la suma vetustez. Al cruzar un corredor vió Leocadia al través de una entornada puertecilla alguna ropa de Segundo, colgada de una percha, y la reconoció, no sin cosquilleo en el alma. Al final del corredor tenía su despacho el abogado; pieza mugrienta, sobada, atestada de papelotes y libros tediosos y polvorientos por dentro y fuera. La tía Gaspara se zafó, mientras el abogado recibía á la maestra de pie, en desconfiada y hostil actitud, preguntando con el severo tono de un juez:

—¿Y qué se le ocurre á V., señora doña Leocadia?

Fórmula exterior relacionada con otra interior:

—¡A que la bribona de la maestra viene á decirme que se casa con el loco del rapaz y que los mantenga yo!

Leocadia fijó sus ojos abatidos en García, buscando en sus facciones secas y curtidas los rasgos de un amado semblante. Sí que se parecía á Segundo, salvo la expresión, muy diferente, cauta y recelosa en el padre, cuanto era soñadora y concentrada en el hijo.

— Señor D. Justo... balbució la maestra. Yo siento molestarle... Le suplico no extrañe este paso... porque me aseguraron que V... señor, yo necesito un préstamo...

— ¡Dinero! rugió el abogado apretando los puños. ¡Me pide V. dinero!

— Sí, señor, sobre unos bienes...

— ¡Ah! (transición en el abogado, que todo se aflojó y flexibilizó). Pero ¡qué tonto soy! Entre V., entre V., doña Leocadia, y tome asiento... ¿Eh? ¿Está V. bien? Pues... cualquiera tiene un apuro... ¿Y qué bienes son? Hablando se entienden las gentes, mi señora... ¿Por casualidad la viña de la Junqueira y la otra pequeñita del Adro...? Estos años dan poco...

Debatieron el punto y se firmó la *obliga* ó pagaré. La tía Gaspara, inquieta, con paso de fantasma, rondaba por el corredor. Cuando salió su hermano y le dió algunas órdenes, se hizo varias cruces en la cara y pecho, muy de prisa. Bajó furtivamente á la bodega y tardó algo en subir y en vaciar sobre la mesa del abogado su delantal, de donde cayeron, envueltos en polvo y telarañas, cuatro objetos que rebotaron produciendo el sonido especial del dinero metálico. Los objetos eran una hucha de barro, un calcetín, una bota ó gato y un saquete de lienzo.

Aquella tarde le dijo á Segundo Leocadia:

— ¿Sabes una cosa, corazón? Que es lástima que por un traje ó por cualquier menudencia así pierdas de colocarte y de conseguir lo que pretendes... Mira, yo tengo ahí unos cuartos que... no me hacen mucha falta. ¿Los quieres, eh? Yo te los daba ahora y tú después me los volvías.

Segundo se irguió con arranque sincero de pundonor y dignidad:

— No vuelvas á proponerme cosas por ese estilo. Admito tus finezas á veces por no verte llorar á lágrima viva. Pero eso de que me vistas y sostengas... Mujer, no tanto.

La maestra insistió amorosamente media hora más tarde, aprovechando la ocasión de encontrarse el *Cisne* algo pensativo. Entre él y ella no cabía *mío* ni *tuyo*. ¿Por qué reparaba en aceptar lo que le daban con tan gran placer? Acaso dependía su porvenir de aquellos cuartos miserables. Con ellos podría presentarse decentemente en las Vides, imprimir sus versos, ir á Madrid. ¡Ella sería tan dichosa viéndole triunfar, eclipsar á Campoamor, á Núñez de Arce, á todos! ¿Y quién le privaba á Segundo de restituir, hasta con creces, el dinero?... Charlando así, echaba Leocadia en un pañuelo, anudado por las cuatro puntas, onzas y doblillas y centenes á granel, y lo entregaba al poeta, preguntándole con voz velada por el llanto:

—¿Me desairas?

Segundo cogió con ambas manos la basta y gruesa cabeza de la maestra, y clavando sus ojos en las pupilas que le miraban húmedas de felicidad inexplicable, pronunció:

—Leocadia... ¡Ya sé que tú eres la persona que más me ha querido en el mundo!

—Segundiño, vida... tartamudeaba ella fuera de sí.—No vale nada, mi rey... Conforme te doy esto... así Dios me salve... te daría sangre de las venas!

¿Y quién le diría á la tía Gaspara que varias onzas del calcetín, de la hucha, de la bota y del saco, volverían inmediatamente, á fuer de bien enseñadas y leales, á dormir, si no bajo las vigas de la bodega, al menos bajo el techo de D. Justo?



IX

LA parra de las Vides, que tanto gusta á don Victoriano Andrés de la Comba, es de esas uvas gruesas conocidas en el país por *náparo* ó *Faén*, uvas teñidas con los matices rojo claro y verde pálido, que dominan en los racimos de los bodegones flamencos. Cuelgan sus piñas en corimbo largo, con disimetría graciosa, rompiendo el tupido follaje. Derrama la parra sombra fresquísimas, y contribuye á hacer apacible el lugar el hilo de agua que cae en tosca pila de piedra, bañando las legumbres puestas á remojo.

Tiene la maciza casa aspecto de fortaleza: flanquean el cuerpo central dos torres cuadrangulares, con achaparrado techo y hondas ven-

tanás: en mitad del edificio, sobre un largo balcón de hierro, se destaca el gran escudo de armas con el blasón de los Méndez, cinco hojas de vid y una cabeza de lobo cortada y goteando sangre. Desde este balcón se domina la vertiente de la montaña y el curso del río; al costado de la torre hay una solana de madera que avanza sobre el huerto, y gracias á la exposición al Mediodía, florecen claveles de á onza en ollas viejas llenas de resquebrajado terrón, y de cajoncillos de madera se desbordan rechonchas albahacas, plumas de Santa Teresa, cactus, asclepias y malvas: una flora requemada, crasa, árabe, de embriagadores perfumes. Por dentro, la casa se reduce á una serie de salones dados de cal, con las vigas al descubierto, y casi sin muebles, excepto el central, llamado *del balcón*, alhajado con sillas de paja y respaldo de madera figurando una lira, época del imperio. Un espejo ya casi desazogado luce sobre el sofá su gran marco de ébano, con alegorías de dorado latón, que representan á Febo guiando su carricoche. El orgullo de las Vides no son los salones, sino la bodega, la inmensa candiotera oscura y sorda y fresca como una nave de catedral, con sus magnas cubas alineadas á ambos lados. Esta pieza sin rival en el Borde es la que enseña más ufano el señor de las Vides, y tam-

bién su dormitorio, que ofrece la singularidad de ser inexpugnable, por hallarse practicado en el grueso de la pared y no tener entrada sino por un pasadizo donde no cabe un hombre de frente.

No realizó nunca Méndez de las Vides el tipo clásico del mayorazgo ignorante, que firma con una cruz, tipo tan común en aquel país de tierra adentro. Méndez, al contrario, alardeaba de instruído y culto. Escribía con letra correcta, junta y menuda, de viejo obstinado; leía bien, calándose las gafas, alejando el periódico ó el libro, recalcando las palabras, con reposada voz. Sólo que se había estacionado su cultura en una época: la Enciclopedia, que su padre ya conoció tarde, y que á él llegó con un siglo de retraso. Leyó á Holbach, á Rousseau, á Voltaire y los catorce tomos de Feijóo. Quedó adscrito y sellado hasta en lo físico. En religión se hizo deista, sin dejar de ir á misa y comer de pescado en Semana Santa: en política tomó vahos de regalismo. Sin embargo, desde la venida de don Victoriano, algún movimiento se produjo en las ya estratificadas ideas del hidalgo de las Vides. Gustóle aquello de la autonomía inglesa, la libertad individual, unida con el respeto á la tradición y la influencia civilizadora de las clases aristocráticas: serie de importaciones sajonas

más ó menos felices, pero á las cuales debía don Victoriano su fortuna política. Discantando estas profundidades de ciencia social, pasábanse tío y sobrino largas horas, durante las cuales Nieves hacía labor, prestando oído por si en las piedras del sendero resonaba el trote de algún caballo; una visita, una distracción en su ociosa existencia.

Segundo, para bajar á las Vides, pidió el jaco endiabrado, el del alguacil. Desde el crucero, el camino se hacía clivoso y difícil. Lo interceptaban á trechos peñas muy lisas y resbaladizas, y el jinete se colgaba de las riendas, porque las herraduras se deslizaban arrancando chispas, y el animal, arrastrado por su peso, podía caerse. El terreno, calcinado por el sol, era quebradísimo; las casas, más que sentadas en firmes cimientos, parecían colgadas de las laderas, próximas á desprenderse y rodar al río, y el indispensable tiesto de claveles reventones, asomando y saliéndose casi por los balconillos de madera, recordaba la flor que al desgaire se coloca en el pelo una gitana. A veces Segundo cruzaba un pinar; respiraba el olor balsámico de la resina, y pisaba una alfombra de hojas secas que asordaba el golpe del casco de su montura; de repente, entre dos vallados, aparecía un angosto sendero, orillado de zarzamora,

digital y madreSelva, y á menudo experimentaba Segundo la impresión de bienestar que causan á las horas de sol los toldos vegetales, y trotaba al amparo de un túnel de verdura, un emparrado alto sostenido en postes de piedra, viendo sobre su cabeza los racimos que ya negreaban y escuchando el alborotado pitío de los gorriones y el silbo estridente de los mirlos. Por las murallas tapizadas de musgo correteaban los lagartos. Cuando se encontraban dos ó tres vereditas, Segundo refrenaba el caballo buscando la dirección de las Vides y preguntando á las mujeres que subían trabajosamente, arrastrando el cuerpo, cargadas con un coloño de leña de pino, ó á los chiquillos que retozaban á la puerta de las casas.

Allá abajo, muy profundo, corría el Avieiro, y visto desde la altura podía compararse á la hoja de acero que, blandida, culebrea y refulge. Enfrente la montaña, donde se escalonaban, á manera de gradas de colosal anfiteatro, hileras de paredones de sostenimiento para las viñas, de construídos con piedra blancuzca; y las listas claras sobre el fondo verde hacían bizarra combinación, destacándose en ella el rojo tejado de algún palomar ó casa solariega, y en la cima del monte el verdor más sombrío de los pinares. Ya veía Segundo á sus pies las tejas de las Vides.

Descendió una cuesta más vertical que horizontal, y se halló delante del portalón.

Bajo la cepa estaban Victorina y Nieves. Entreteníase la niña en saltar á la cuerda, y lo hacía con notable agilidad, á pies juntillas, sin moverse de un sitio, volteando la cuerda tan rápidamente, que fingía una especie de niebla en derredor de la elegante academia de la saltarina. Como los claros de la parra dejaban pasar grandes manchones de sol, á lo mejor se inundaba de luz el cuerpo de la chiquilla, y radiaba su mata de pelo, sus brazos ó sus piernas desnudas, pues sólo tenía una blusa azul marino, corta y sin mangas. Al divisar á Segundo dió un grito, soltó la cuerda y desapareció. En cambio Nieves, levantándose del banco donde trabajaba, con la sonrisa en los labios y algo encendida de sorpresa, tendió la mano al recién venido, que se apeó prestamente del caballo.

—¿Y el señor don Victoriano? ¿cómo sigue?

—¡Ah! Por allí andaba, regular de salud; pero muy divertido con las faenas agrícolas, muy satisfecho... Y al decir esto, tenía el rostro de Nieves la expresión distraída con que hablamos de cosas que nos interesan poco. Segundo observó que la señora del ministro reparaba en su atavío flamante, recién llegado de Orense; y por algún rato le mortificó la duda de si lo en-

contraría pretencioso ó ridículo, hasta el extremo de sentir no haber traído la ropa de todos los días.

—Ha asustado usted á Victorina, añadió Nieves riendo... ¿Dónde se habrá metido esa boba? De fijo que sólo se escondió porque estaba de blusa... Usted la trata como á una mujer y ella se pone insoportable. Venga usted...

Remangóse Nieves la bata de cretona blanca salpicada de capullos de rosa, y penetró intrépidamente en la cocina, que estaba al nivel del patio. En pos de los taconcitos Luis XV, que encubría el encaje bretón de la enagua, recorrió Segundo varias piezas: cocina, comedor, *sala del rosario*, llamada así porque en ella lo rezaba con los criados Primo Genday, y por último, *sala del balcón*. Allí se detuvo Nieves exclamando:

— Los llamaré por si están en la viña.

Y asomándose gritó:

— ¡Tío! ¡Victoriano! ¡Tío!

Dos voces respondieron:

— ¿Qué?... Allá vamos.

No hallando cosa oportuna que decir, Segundo callaba. Tranquila ya la conciencia con haber llamado á las personas formales, Nieves se volvió y dijo con la afabilidad de un ama de casa que conoce su obligación:

— ¡Pero qué amable, qué amable ha sido usted! Hasta las vendimias no contábamos con que se animase á venir... Y ahora, que se acercan las fiestas... Tanto que pensaba ver á usted antes en Vilamorta, porque Victoriano se empeña en tomar las aguas quince días...

Al hablar, se respaldaba en la pared, y Segundo se azotaba con el latiguillo la punta de las botas. Del huerto subió la voz de Méndez.

— Nieves, Nieves... Que bajas, si te es igual.

— Con permiso de usted... Voy por una sombrilla.

Tardó poco en volvér, y Segundo la ofreció el brazo. Bajaron al huerto por la solana, y entre los saludos de ordenanza, Méndez protestó contra la idea de que Segundo se volviese la misma tarde á Vilamorta.

— ¡Hombre! ¡No faltaba más! ¡Coger calor dos veces en un día!

Y el señor de las Vides, aprovechando la coyuntura que jamás desperdicia un propietario rural, se apoderó del poeta, consagrándose á enseñarle al pormenor la finca. Explicábale al mismo tiempo sus empresas vitícolas. Había sido de los primeros á azufrar con fortuna, y empleaba abonos nuevos que acaso resolviesen el problema del cultivo. Hacía ensayos tratando de imitar con el vino común del Borde el

Burdeos de pasto; de prestarle, con polvos de raíz de lirio, el *bouquet*, la fragancia de los caldos franceses. Pero le salía al paso la rutina, el fanatismo, según decía confidencialmente bajando la voz y poniendo una mano en el hombro de Segundo. Los demás cosecheros del país le acusaban de olvidar las sanas tradiciones; de adulterar y componer el vino. ¡Como si ellos no compusiesen! Sólo que ellos lo hacían sirviéndose de drogas ordinarias, v. gr., campeche y yerba mora. Él se contentaba con aplicar los métodos racionales, los descubrimientos científicos, los adelantos de la química moderna, proscribiendo el absurdo empleo de la pez en las corambres, pues si bien la gente del Borde alababa el dejar á pez en el vino, diciendo que la pez hacía beber otra vez, á los exportadores les repugnaba, con razón, aquel pegote. En fin, si Segundo quería ver las bodegas y los lagares...

No hubo remedio. Nieves se quedó á la puerta, temerosa de mancharse la bata. Así que salieron, se trató de registrar el huerto en detalle. Era también el huerto una serie de paredones en gradería, sosteniendo estrechas fajas de tierra, y esta disposición del terreno daba á la vegetación exuberancia casi tropical. Camelios, pavíos y limoneros crecían libres, irregulares é indómitos, cargados de hoja, de fruta ó de flo-

res. Abejas y mariposas revoloteaban y bullían, libando, fecundándose, locas de contento y ebrias de sol. De paredón á paredón se bajaba por unas escalerillas difíciles. Segundo dió el brazo á Nieves y en la última grada se detuvieron para contemplar el río que corría allá muy abajo.

—Mire usted hacia allí, dijo Segundo, señalando á su izquierda una colina algo distante. Allí está el pinar... ¿A que no se acuerda usted?

—Sí me acuerdo, respondió Nieves, guiñando, á causa del sol, sus azules ojos. El pinar que canta... ¡Mire usted cómo me acuerdo! Y diga usted, ¿sabe usted si hoy cantará? Porque de buena gana le oiría esta tarde.

—Si se levanta un poco de brisa... Con la calma que reina, los pinos se estarán casi quietos y casi mudos. Y digo *casí*, porque del todo no lo están nunca. Basta el roce de sus copas para que vibren de un modo especial y tengan un susurro...

—¿Y eso—preguntó Nieves en tono jocoso, —no sucede más que en el pinar de aquí, ó es igual en todos?

—¿Quién sabe? respondió Segundo mirándola fijamente. Acaso el único pinar que cante para mí será el de las Vides.

Nieves bajó la vista, y después echó una ojea-

da en derredor, como buscando á D. Victoriano y Méndez, que estaban un escalón más arriba. Notó Segundo el movimiento, y con impetuosa descortesía dijo á Nieves:

—Subamos.

Reunióse á Méndez, y ya no se despegó de su lado hasta que pasaron al comedor, donde les aguardaban Genday y *Tropiezo*. La última á llegar fué la niña, muy púdica ya, con medias largas y traje de blanco piqué.

La mesa en que comían no estaba en el centro, sino en un costado del comedor; era cuadrilonga, y los convidados, en vez de sillas, tenían para sentarse dos bancos fronterizos, de ennegrecido roble. Los extremos de la mesa quedaban libres para el servicio. Sóbrio por instinto, Segundo reparó con sorpresa la inverosímil cantidad de alimentos que consumía don Victoriano, no sin advertir también que su rostro estaba más demacrado que nunca. A veces, el hombre político se detenía, porque un remordimiento le asaltaba.

—Estoy devorando.

Protestaba el anfitrión, y *Tropiezo* y Genday, por turno, exponían doctrinas latas y consoladoras. La naturaleza es muy sábia, decía el señor de las Vides, que no olvidaba á Rousseau, y el que la obedece no puede errar. Primo Gen-

day, glotón como todos los pletóricos, añadía con cierta teológica unción: para que el alma esté dispuesta á servir á Dios, hay que atender primero á las justas exigencias del cuerpo. *Tropezó*, por su parte, sacaba el labio inferior, negando la existencia de ciertas enfermedades novísimas. Toda la vida hubo personas que padeciesen de la orina y jamás se les privó el comer y beber, al contrario. Por lo mismo que la enfermedad desgasta, hay que nutrirse. Fácilmente se dejaba persuadir D. Victoriano. Aquellos manjares de otros tiempos, aquellas anticuadas vinagreras *milagrosas* de donde por un tubo salía el aceite y el vinagre por otro sin confundirse jamás, aquel inmenso mollete colocado á guisa de centro de mesa, eran otros tantos arcaísmos encantadores para él, que le recordaban horas felices, años límbicos de la existencia. A los postres, cuando Primo Genday, sofocado aún por una discusión política en que calificó de *incircuncisos* á los liberales, se puso de repente muy grave y empezó á rezar el *Padre nuestro*, el ministro, racionalista añejo ya, sorprendióse de la devoción con que sus labios murmuraron: El pan nuestro de cada día... ¡Caramba, estas cosas de cuando era uno joven!... D. Victoriano revivía al contacto de sus desvanecidas mocedades. Hasta se le venían á las mientes recuer-

dos de noviazgos efímeros, de amorcillos de quince días con señoritas del Borde, que á la hora presente debían ser apergaminadas solteronas ó respetables madres de familia. ¡Valiente necedad!... El ex-ministro rechazó la servilleta y se levantó.

—¿Usted duerme la siesta? preguntó á Segundo.

—No, señor.

—Yo tampoco. Venga V. y fumaremos un cigarro.